

Capítulo 5 – La Escalera

El centro cultural La Escalera estaba en un edificio flaco, de dos pisos, entre una ferretería húmeda y una panadería que olía siempre a algo quemado. Desde afuera no llamaba la atención: una puerta de chapa pintada a medias y un cartel de madera con el nombre descolorido.

Por dentro, otra historia.

Apenas Estanislao entró, lo golpeó un olor a café viejo, libros y pintura fresca. Había afiches pegados en las paredes: talleres de teatro, de programación, de lectura, fotos de viajes, charlas con títulos raros.

“Del barrio al mundo.”

“Cómo estudiar cuando en tu casa nadie estudió.”

“Historias de fracasos útiles.”

Al fondo, un grupo de pibes escuchaba a alguien que hablaba con un acento extraño, mezcla de campo y ciudad.

—...el problema no es que el país sea pobre —decía la voz—. El problema es que está lleno de gente a la que convencieron de que **no puede dejar de ser pobre**, porque si deja de ser pobre, hay muchos que se quedan sin trabajo... empezando por algunos políticos.

Risas tímidas. Algunas miradas incómodas.

Estanislao se asomó un poco más. El que hablaba estaba de espaldas a la puerta, dibujando algo en un pizarrón.

Era un hombre flaquito, de hombros caídos, camisa arrugada por dentro de un pantalón que había conocido mejores días, zapatos gastados. El pelo entrecano, desordenado, parecía discutir con la gravedad. La camisa tenía una mancha de café a la altura del bolsillo y un bolígrafo reventado colgando de allí.

No daba “importante”.

Daba “despreocupado”.

Se dio vuelta para mirar al grupo y Estanislao lo vio bien.

Los ojos eran otra cosa: claros, vivaces, como si siempre estuvieran dos o tres pensamientos más allá de lo que estaba diciendo. Había algo medio duro en la mirada, como de alguien que vio demasiado, pero la voz era suave.

—A ver —siguió el hombre—, ¿quién de ustedes escucha seguido la frase “y... es lo que hay”?

Varias manos se levantaron, casi con resignación.

—Bien. Primera lección —dijo él, levantando un dedo manchado de tinta—: cada vez que alguien les diga “es lo que hay”, tradúzcanlo en su cabeza como “yo no tengo ganas de hacer nada mejor”. No es una descripción de la realidad, es una confesión de pereza.

Algunos rieron. Otros se incomodaron.

—Mi nombre es **Julián** —agregó—. Vengo del interior, de un pueblo donde “es lo que hay” era religión. Créanme: si se lo creen, se termina el juego.

Se detuvo, como si recién entonces notara a Estanislao parado junto a la puerta.

—Vos, el de la remera del club trucho —dijo, señalándolo con el marcador—. ¿Es lo que hay también ahí afuera, o viniste a buscar otra cosa?

A Estanislao se le secó la boca.

—No sé —dijo—. Capaz vine a ver si hay otra cosa.

Julián lo sostuvo la mirada un segundo de más. No fue una mirada dulce, pero tampoco hostil. Era como si lo pesara.

—Mala noticia —respondió—: si no la hay, la vas a tener que inventar. Sentate.

Después de la charla, los pibes se dispersaron entre sillas plásticas y tazas de café instantáneo.

La Escalera era un caos organizado. Había una biblioteca despareja, con libros subrayados y fotocopias amarillentas; tres computadoras viejas que alguien había donado; pizarrones llenos de frases, esquemas y dibujos. En una esquina, un mapa del mundo con chinches y nombres escritos a mano.

“Carla – Barcelona – 2019”

“Luis – Santiago – 2021”

“Gise – emprendido / sigue acá – 2020”

Estanislao se quedó mirando el mapa. Cada chinche parecía un agujerito en la pared por donde se escapaba alguien del destino marcado.

—A la pared le duele cuando se llevan a uno, ¿sabés? —dijo una voz a su lado.

Era Julián, con un vaso de plástico en la mano y una corbata colgando del bolsillo como si se la hubiera arrancado en otra vida.

—¿Cómo? —preguntó Estani.

—La pared —repitió Julián, señalando el mapa—. El barrio. El país. Cuando alguien se va o se levanta, siempre hay alguno que se ofende. “¿Y éste quién se cree que es?” Eso duele. A los que se quedan cómodos, sobre todo.

Bebió un sorbo de café, hizo una mueca.

—Está intomable, pero despierta —añadió.

—¿Ellos... se fueron del país? —preguntó Estanislao, señalando los nombres.

—Algunos sí. Otros se quedaron, pero subieron un par de escalones —dijo Julián—. No todos necesitan un aeropuerto. A veces, ir de este barrio a una oficina donde te pagan en blanco ya es cruzar una frontera más grande que la del aeropuerto.

Se quedó en silencio unos segundos, mirándolo de perfil.

—¿Vos qué tenés? —preguntó de golpe.

—¿Qué cosa?

—Miedo, culpa, urgencia, bronca, sueños... ¿qué tenés más a mano? —enumeró Julián, como si estuviera leyendo una lista de supermercado.

Estanislao sonrió, incómodo.

—Tengo... cuentas. Hambre de vez en cuando. Y una tarjeta nueva que le dieron a mi abuela —dijo.

Julián hizo un gesto, como si eso confirmara algo.

—La tarjeta es un calmante —dijo—. Y los calmantes son peligrosos. Te sacan el dolor, pero también te sacan las ganas de cambiar lo que te lo provoca.

Lo dijo sin odio, casi con tristeza.

—¿Y estudiar acá? —preguntó Estanislao—. ¿Sirve?

Julián se encogió de hombros.

—Depende de para quién. Para el Estado, sos un número más en una planilla. “Pibe en situación vulnerable que accede a la educación.” Una medalla en un informe. Para vos... —lo miró fijo— ...puede ser la diferencia entre creer que sos pobrecito por diseño, o entender que sos **pobremente entrenado**, que es otra cosa.

Estanislao arrugó la frente.

—No sé si lo entiendo.

—No importa —dijo Julián, con una sonrisa torcida—. Primero hacé, después entendé. La comprensión viene con la experiencia, no con los powerpoints.

Dejó el vaso sobre una mesa abarrotada de papeles.

—Si venís, vas a estar cansado, vas a putear, vas a sentir que perdiste noches que podrías haber usado para hacer más plata rápida. Y no te voy a prometer nada heroico. Capaz en cinco años seguís en el mismo barrio.

Pero... —levantó un dedo— ...vas a dejar de depender de gente que te trata como si fueras de menor cuantía. Y eso, en este país, ya es una revolución privada.

Se dio media vuelta, como si la conversación hubiera terminado, y se puso a discutir otra cosa con una chica que le mostraba un formulario.

Estanislao se quedó clavado en el piso, con la sensación de haber recibido un golpe suave pero profundo.

Los días siguientes fueron una especie de doble vida.

Por la mañana y la tarde, las mismas rutinas: ayudaba en el comedor, hacía mandados con la moto del Negro, acompañaba a la abuela a los controles médicos. De vez en cuando, un nuevo mensaje del número anónimo:

“Ruta corta hoy, paga bien.”

“Hay gente confiable preguntando por vos.”

A veces decía que sí. Otras veces no respondía. Cada “ok” le arreglaba algo concreto en la casa: una filtración, una deuda, un electrodoméstico roto. Progreso rápido, real, innegable.

Por las noches, dos veces por semana, se sentaba en las sillas plásticas de La Escalera, frente a Julián.

Allí las cosas eran distintas. No había plata, no había tarjetas, no había promesas. Solo preguntas incómodas.

—¿Por qué en los barrios pobres se cree tanto en la suerte y tan poco en el esfuerzo? —preguntaba Julián, caminando de un lado a otro con el marcador en la mano—. Porque es lo que el sistema les vende: “vos no podés, pero yo sí, y te voy a tirar migas”. **La teoría del pobrecito** es el mejor negocio para los que mandan.

Escribía en el pizarrón:

POBRECITO = NO LE PIDAS MUCHO
NO LE PIDAS MUCHO = NO LE CAMBIES NADA
NO LE CAMBIES NADA = TODO SIGUE IGUAL (PERO VOS EN EL PODER)

Y debajo, más chico:

Negocio redondo.

A veces usaba palabras raras, ejemplos de libros que nadie ahí había leído. Se perdían, lo miraban raro.

—No lo entiendo, profe —se quejaba alguno.

Julián sonreía apenas.

—No importa que me entiendan a mí —respondía—. Me interesa que un día se entiendan a ustedes mismos. Yo soy apenas un ruido en el fondo.

A Estanislao le costaba seguirle el hilo muchas veces, pero había frases que le quedaban tatuadas.

—“Lo más cruel que se le puede decir a alguien es: ‘vos no podés, pobrecito, dejame que yo piense por vos’.”

—“El mérito no es una mala palabra. Lo que es una mala palabra es el acomodo disfrazado de derecho.”

—“Hay gente en barrios ricos con mentalidad de pobrecito, llorando en sillones caros porque ‘la vida es injusta con ellos’.”

Esa última le llamó la atención.

—¿Cómo que en los barrios ricos también hay pobrecitos? —preguntó una noche.

Julián lo miró con algo parecido a satisfacción.

—Claro —dijo—. Pobrecito el que tiene todo pero cree que el mundo le debe más. Pobrecito el que hereda una empresa y piensa que merece respeto automático. Pobrecito el que pide protección del Estado para que nadie lo compita. El pobrecito no es una clase social. Es un **personaje mental**.

“Un personaje mental”, pensó Estanislao. Le sonaba a título de capítulo.

En el barrio, mientras tanto, el contraste se hacía cada vez más visible.

Una tarde, al volver de La Escalera, se cruzó con uno de los clientes del auto negro, el de la casa prolija y la bendición fácil. Estaba en un café de esquina, de ropa limpia y celular de última generación, quejándose a los gritos por teléfono.

—No puede ser, loco. Yo me maté estudiando, hice todo bien, y ahora cualquier perejil con un plan me pasa por arriba —decía—. Este país es una mierda, siempre le da todo al pobrecito...

Estanislao se detuvo sin querer. Ahí estaba, en vivo: un tipo de clase media que se sentía **víctima**, que veía a los de abajo como pobrecitos mimados... y, al mismo tiempo, alimentaba la noche con la plata que pagaba en la puerta de su casa.

"Pobrecito él también", pensó Estani.
Pobrecito de sí mismo.

Esa noche anotó en el cuaderno:

"La teoría del pobrecito tiene versiones:

- En el barrio: 'no me pidas mucho, bastante hago, el sistema me debe'.
- En la clase media: 'yo merecía más, el sistema me debe'.
- En los de arriba: 'sin mí se hunden, el país me debe'.

Diferentes techos, misma canción: **alguien me debe algo.**"

Debajo, recordó una frase de Julián:

"Cuando todo el mundo se siente pobrecito de alguien, nadie se siente responsable de nada."

Cerró el cuaderno.

El mensaje del número anónimo entró tarde, casi a medianoche:

"Mañana hay una movida grande. Los que ya hicieron rutas cortas pueden subir de nivel. Más riesgo, más plata. Avisá si estás."

Estanislao miró la pantalla un rato largo.

Ese día, Julián había dicho otra cosa que le dolió:

—No hay ascenso sin riesgo. Pero hay riesgos que te suben y riesgos que te hunden. Y a veces, desde cerca, se ven iguales.

Apagó el teléfono sin responder.

Por primera vez, el silencio le pareció una respuesta posible.

No había dejado el camino oscuro, pero empezaba, muy de a poco, a entender que el verdadero ascenso —el que no dependía ni del auto negro ni de la tarjeta del Estado— era el más lento, el más ingrato y el menos aplaudido.

La escalera que daba nombre al lugar no era un adorno: era una condena y una promesa.

Había que subirla peldaño por peldaño, sin ascensor, sin milagro, sin “pobrecito” que valga.

Y lo peor —o lo mejor— era que, si lo lograba, ya no iba a poder culpar a nadie de lo que hiciera con su vida.